

Clodomiro Picado Twilight: el hombre y el escritor

Rodrigo Zeledón
CONICIT, Apdo. 10318, San José, Costa Rica.

(Recibido: 13 de febrero de 1987)

El Dr. Clodomiro Picado Twilight, Clorito para todos los costarricenses, brilla en nuestro firmamento como un astro de luz propia que nos guía hacia el camino de la superación y de la esperanza. Este hombre extraordinario nos señala derroteros de trabajo y de esfuerzo en los que la juventud del país debería modular sus impetus y acerar sus inquietudes en la búsqueda de lo mejor para sí y para la Patria. En una época de crisis de valores morales, espirituales e intelectuales, Clorito nos invita a dejar de lado las veleidades o inconstancias, la feblidad y la negligencia, y a dedicarnos sin desmayos a buscar las preesas a que todos debemos aspirar, producto del trabajo y del esfuerzo constantes y proficuos.

El ejemplo de trabajo tesonero y ubérrimo, preñado de creatividad e ingeniosidad, y de gran visión nacional, y a su vez universal, hacen de Clorito nuestra figura científica paradigmática por excelencia.

De su labor científica se ha dicho y escrito ya bastante, pero siento que es importante en esta oportunidad insistir una vez más —aunque sea superficialmente— en dos aspectos menos conocidos de su personalidad: Clorito el hombre y Clorito el escritor.

Su contextura física endeble y de aspecto lánguido, contrastaba notablemente con su carácter firme, a veces adusto, seguro de sí mismo en sus decisiones, y agudo e irónico en sus juicios. Amante de la libertad y de la justicia social, y de gran sensibilidad humana, no paraba mientes en decir las cosas como las sentía, pero con gran dominio del tema, a los periodistas y reporteros que buscaban sus opiniones como primicias que entregaban luego a sus lectores. Al tiempo que le preocupaban los problemas de

la Patria, hablaba de arte y de política internacional con gran propiedad y cuando se refería a asuntos científicos de interés general lo hacía con un hondo sentido filosófico.

Cuenta su esposa, Doña Margarita, que cuando le comunicaron que lo habían hecho Benemérito de la Patria sonrió con humildad y picardía y dijo: “Qué estarán guardando para los verdaderos Beneméritos? Estos títulos para un hombre de trabajo como yo, son estorbosos... Es como ponerle una chistera a un albañil...”.

Su facilidad de expresión oral era igualada por la escrita. Este aspecto de su personalidad es necesario también recordarlo y contrastarlo, en una época en donde comienzan a ser frecuentes entre nosotros lo que Isaac Felipe Azoifeifa ha llamado “textos pedregosos, obstrusos y malolientes a traducciones del inglés”. Como ejemplo de su sobria y elegante pluma, que refleja un buen dominio del idioma, recordemos sus reflexiones sobre el impresionante texto lleno de hermoso lirismo del poeta uruguayo Horacio Quiroga: “A la deriva...” que a manera de exordio aparece en su libro de Serpientes. Este es el comentario de Clorito:

“Así como sucumbe la víctima en el tético relato de Quiroga, así, en la choza abandonada, a veces en el bosque mismo, dejan la vida muchos de nuestros hermanos desheredados, sin auxilio de ninguna especie, en el más completo abandono, como si el hombre aún formase parte de la abrupta naturaleza que lo circunda. Otras veces no es al inculito hijo del campo a quien hiera, condenando a muerte, la mortífera serpiente; el explorador, quien va de caza o pesca: y aun el simple pasajero, no sabe si en un momento dado, cuando más contento esté, cuando al respirar el hálito vivificante del bosque virgen y sentirse plétórico de vida y esperanza, soñando en la consecución de dichas varias,

y olvidado del dolor y de la muerte, puede en un instante ver cambiado el cuadro, al saber que por sus venas ya circula inexorable el veneno que habrá de separarlo para siempre del aire y de la luz; que hará que sus palabras reveladoras de anhelos grandes, heroicos, o de íntimos afectos se conviertan en un agónico estertor; que las palpitaciones vigorosas de un noble corazón serán estrechadas y comprimidas poco a poco, por la garra dura y fría de la ponzoña, que estrujando más y más concluirá por dejarlo inerte. No podrá resignarse a dar a la vida el último adiós, sin haber sido para ello preparado por el sopor y el letargo que trae consigo la enfermedad, ni por la filosófica resignación de quien vio ponerse el sol muchas miles de veces.

Para morir en plena juventud sin que haya tiempo de deplorarlo, ni meditar siquiera en ello, se requiere caer en la animación de la lucha y el combate, porque así el instinto de conservación de la vida cede su puesto al del animal de batalla, que en el fondo de su ser lleva cada hombre.

Quien muere víctima de las serpientes no lucha; su muerte no ha sido ganada por conquista sino por robo. Por eso la serpiente, junto con el veneno y el puñal, signos son de alevosía y de traición, mientras que el águila y el león, y sobre todo el gallo, fiero, valiente y leal en el combate, simbolizan nobleza e hidalguía.

En el cuento de Quiroga la víctima muere en una especie de éxtasis, casi en beatitud. Es peor la realidad.

Momentos después de ser mordido, siente el hombre que un fuego vivo germina en la herida, y como si tenazas candentes retorciera su carne, que mortificada aumenta de tamaño hasta la mostruosidad, y la lividez lo invade. La desgraciada víctima ve su cuerpo convertido en cadáver por fracciones; un frío de muerte invade todo su ser, y pronto de las encías caen hilos de sangre, y sus ojos, sin quererlo, sangre también llo-ran, hasta que, vencido por el sufrimiento y la congoja, se pierde la sensación de lo real. Si entonces preguntamos algo al desdichado, pueda que aún nos vea con ojos empañados, pero no obtendremos respuesta alguna, y quizás un último sudor de perlas rojas, o una bocanada de sangre renegrida, nos advierta el triunfo de la muerte.

Tal es el cuadro triste y conmovedor del ser abandonado a la suerte. Pero la ciencia ha sabido vencer tanta desolación”.

Finalmente, invocando la sempiterna figura de Clorito, digamos con el recordado bardo nacional Jorge de Bravo:

“Yo casi estoy seguro que los hombres
desean ser buenos.
Claro que no lo pueden por sí solos:
Necesitan maestro”.